

ENFOQUES INTERNACIONALES

Encrucijada en Colombia

La campaña presidencial refleja el clima de polarización política que vive Colombia. Tres candidatos concentran la mayoría de las preferencias, uno de izquierda y dos de derecha, con el favorito de Gustavo Petro a la cabeza.

A pesar de que Iván Cepeda, el candidato del gobierno izquierdista, pretende triunfar en la primera vuelta del 31 de mayo —es decir, superar el 50 por ciento—, las encuestas no han mostrado esa opción, poniendo a Paloma Valencia, del Centro Democrático (de Álvaro Uribe), y al derechista Abelardo de la Espriella con posibilidades similares de pasar a un balotaje. Si bien desde que ganó la primaria de centroderecha Valencia subió en los sondeos, las últimas semanas perdió impulso, aumentando la incertidumbre de quién competirá con Cepeda en junio. Es mucho lo que se juegan los electores colombianos, porque entre derecha e izquierda hay visiones muy distintas de la sociedad, de la economía, de las relaciones internacionales, y de la estrategia de seguridad que se necesita para enrumbar el país y terminar un conflicto armado que lleva décadas, en el que la guerrilla y el narcotráfico se confunden en acciones violentas que aterrorizan a la población.

Hijo de un senador comunista asesinado, Cepeda se presenta como defensor de los derechos humanos y promotor de acuerdos con los grupos armados. Fue uno de los arquitectos de la Paz Total, la fracasada estrategia de Petro para terminar con

la violencia, que buscaba negociar no solo con la guerrilla, sino también con el crimen organizado. Según cifras del Ministerio de Defensa, la criminalidad no ha bajado desde 2022; por el contrario, subió de forma alarmante. En el caso de la extorsión, aumentó 60 por ciento; los secuestros se triplicaron, de 223 a 701 víctimas, y el secuestro extorsivo creció 250 por ciento. Durante este gobierno, además, las organizaciones armadas aumentaron su número de integrantes. Por ejemplo, el ELN pasó de cuatro mil a 6.500 miembros; el Clan del Golfo, un grupo narcoterrorista, de seis mil a nueve mil, y el aumento total de hombres armados, según esos informes, sería del 67 por ciento. Si estas cifras son correctas, en cuatro años se habría revertido mucho de lo que consiguieron los acuerdos de paz de 2016, con las agrupaciones ilegales aprovechando los cese el fuego para rearmarse y reagruparse.

Para Cepeda, un abogado y actual senador, la política de seguridad debe basarse en el ataque a lo que considera las causas de la violencia: la pobreza y la desigualdad, relegando a segundo plano la arista militar. Como representante de la izquierda, sostiene que debe continuar la obra de Pe-

tro porque “el cambio recién comienza”, ya que, para él, las “estructuras que producen desigualdad, corrupción y violencia siguen intactas” e impiden que haya transformaciones de fondo. Su receta es la misma que ha fracasado en otros países, como aumentar impuestos, ampliar el Estado de bienestar para sumar más derechos sociales y reformar la Constitución. En este aspecto, apoyó en un comienzo la propuesta de Petro de una Asamblea Constituyente para eliminar la actual Carta, de 1991, pero luego se retractó señalando que solo buscará “agregarle un par de capítulos” sobre sistema político y otro que “haga realidad los derechos”.

Como continuador de Petro, lo lastran los escándalos de corrupción (que incluyen al hijo del actual Presidente) y la creciente inseguridad, pero se beneficia de algunas reformas, como la de pensiones y la tributaria, aplaudidas por sectores afines, si bien cuestionadas por la oposición. En contra de Cepeda está el fuerte rechazo que mantiene su figura, que alcanza al 46,5 por ciento, y que le dificultará ampliar la base electoral. Más aún si se considera que es la continuidad de Petro, que tiene un rechazo del 50,6 por ciento (sondeo Atlas-Intel).

El centro, debilitado; la derecha, dividida

La campaña presidencial comenzó con varios candidatos de centro o “moderados” en buenas posiciones, pero, al avanzar el proceso, las posturas políticas fueron polarizándose y la población se movió hacia los extremos. Los candidatos de centroizquierda Sergio Fajardo y Claudia López no lograron beneficiarse del disgusto de la población por la situación económica o la inseguridad, quedando relegados por el casi nulo apoyo en las encuestas. Al lado derecho del espectro político, el extremo lo ocupa De la Espriella, seguidor de Bukele y Milei, con un discurso que focaliza la lucha contra

la violencia mediante una estrategia militar, que incluye persecución a botes y aviones narco, y fumigación de cultivos. Su visión de un Estado reducido y recortes de impuestos no está lejos de las posiciones de Paloma Valencia, quien, como heredera de Álvaro Uribe, defiende una democracia liberal y un capitalismo moderno, con enfoque social. Ambas opciones se disputan el paso a la segunda vuelta, si bien hasta ahora parece más competitiva Valencia en un eventual balotaje con Cepeda. A diferencia de De la Espriella, la candidata tiene más opción de ganar votantes de centro, que tal vez defi-

nan la elección.

El tenso ambiente político colombiano, al que se suman los intentos de la guerrilla y el crimen de alterar e influir los comicios con atentados explosivos y mensajes intimidatorios, ha levantado alertas por temor a que la conflictividad menoscabe el proceso democrático. Un informe reciente de Naciones Unidas advirtió del peligro que entrañan el clima de polarización y la agresividad de los discursos políticos. Por eso, llamó a todos los sectores a cuidar el lenguaje, pues “la paz también se construye en las palabras, el respeto y en cada voto”.